



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México

México

Cruz Muciño, Areli

Problemas de la heterogeneidad y la identidad sociocultural en "Agua" y "Los escoleros", de José
María Arguedas

Contribuciones desde Coatepec, núm. 15, julio-diciembre, 2008, pp. 39-63

Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28101502>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Problemas de la heterogeneidad y la identidad sociocultural en “Agua” y “Los escoleros”, de José María Arguedas¹

The heterogeneity and sociocultural identity problems in the tales “Agua” and “Los escoleros” from José María Arguedas

ARELI CRUZ MUCIÑO²

Resumen: A simple vista pareciera que los cuentos “Agua” y “Los escoleros” del escritor peruano José María Arguedas relatan las vivencias de dos pequeños que conviven con los comuneros de dos pueblos quechuas, pero si analizamos con mayor profundidad veremos que, en “Agua”, el tema de la repartición del agua es sólo un pretexto utilizado por el narrador para exhibir un problema mayor: la heterogeneidad del mundo quechua. Por otro lado, en “Los escoleros”, detrás de la Gringa, la vaca que pertenece a Teaofacha, se esconde la búsqueda de identidad de Juancha, el pequeño hijo de un abogado misti.

Palabras claves: Heterogeneidad, identidad, visión de mundo, refiguración y Confrontaciones.

Abstract: At first glance it seems that the stories “Agua” and “Los escoleros” of the Peruvian writer José María Arguedas, tells the experiences from two small communities that coexist with Quechua people, but if we look in greater depth and narrated the events continue to characterize who appear and finally the relationship they have with all the narrators that see the first story in the issue of sharing water is only a pretext used by the narrator to display a greater problem:

¹ El presente ensayo forma parte del trabajo realizado como ayudante-becaria del proyecto de investigación “La ‘Pacha vivencia andina’ considerada desde la posición y perspectiva autocentradra del narrador en los cuentos de José María Arguedas (problemas de la poética del autor)”, realizado por el Dr. Francisco Xavier Solé Zapatero en la Facultad de Humanidades de la UAEM.

² Correo electrónico: mucarez_83@yahoo.com.mx

the heterogeneity of the Quechua world since the arrival of the various characters in the Plaza of San Juan that is a complex mosaic vision of the world, the same space they inhabit. Looking at the contrast the narrator learns and of course, would prefer one of them. On the other hand, in school behind the Gringa, the cow belonging to Teaofacha, hides the search for Juancha identity, a small son of a lawyer misti. Juancha lives very close to the main man of the village and his wife and of course the community. But observing the behaviour of these, Juancha undergoes a deep struggle in himself because he did not understand the actions of those commoners on the presence of the main man, causing him a constant search for identity.

Keywords: heterogeneity, identity, confrontations, dung hill, world view.

Los pueblos latinoamericanos se enfrentaron a una conquista que ocasionó cambios políticos, económicos, sociales, religiosos, y lógicamente también una confrontación y coexistencia de, por lo menos, dos visiones de mundo sumamente complicadas. Algunos escritores han puesto la mirada en estos conflictos, han tratado de explicarlos y hasta de solucionarlos. Así, José María Arguedas expone en sus textos la manera de experimentar y vivir el mundo indígena quechua, con todos sus elementos. Por ello su propuesta no sólo brinda la oportunidad de observar desde una sola perspectiva y postura, sino desde varias, con lo cual el escritor peruano describe no a un indio, ni a un “blanco” tipificados sino a seres humanos complejos. A continuación analizaré “Agua” y “Los escoleros”, cuentos donde Arguedas plantea la heterogeneidad del mundo quechua y la búsqueda de identidad. Para lograr este acercamiento y tratar de comprender la propuesta de los textos artísticos seguiré a los narradores, pues desde su posición y perspectiva se configura y organiza el acontecimiento representado, la imagen y la voz de los personajes, etc. Por tanto, es necesario caminar junto a Ernesto y a Juancha, pues nada se dice al azar (ya que se guarda en la memoria aquello que dejó huella y que ocasionó cambios y conflictos), es decir, todo obedece por lo menos a un motivo y un objetivo. Así, en las primeras líneas del presente trabajo se alude a la confrontación y coexistencia de varias visiones de mundo (cada una representada por un personaje) en un lugar quechua. Situación que provoca problemas y una constante búsqueda de identidad de los protagonistas de los cuentos, pues Ernesto y Juancha se encuentran en medio de dos ideologías: la quechua y la europea. ¿A quién seguir? ¿En quién creer? Son preguntas constantes que ambos se hacen.

Como ya dijimos, Ernesto y Juancha (narradores) hablan de ciertos hechos y personajes, por tal motivo iremos observando cómo los recuerdan, qué dicen de ellos, qué emociones les producen y cómo esos hechos y personajes influyen en ellos. Respecto a estos últimos pondré atención en sus voces, en sus choques y confrontaciones de visiones de mundo, pues gracias a ello los narradores van conformando y refigurando su propia visión, van aprendiendo de esos indivi-

duos, comprendiéndolos, queriéndolos y sobre todo van encontrando su propio lugar en el mundo. Veamos qué dice cada cuento, cómo percibe y encara los problemas cada narrador.

“AGUA”

La función de todo mensaje es comunicar y exponer ideas. “Agua” es un cuento que invita, al lector, a mirar un complicado mundo heterogéneo, a través de los ojos de un niño: Ernesto, enfrentado, por lo menos, a dos visiones: la quechua y la “blanca”. La historia que Ernesto relata es la propia, por tanto se hallan dos tiempos: el del recuerdo y el de la escritura. En el primero, Ernesto es un niño que vive diversas situaciones y desde su condición infantil observa, coteja y comprende las diversas perspectivas que va encontrando. En el momento de la escritura, Ernesto ya es un hombre adulto y desde esta condición también valora lo que ha vivido y por supuesto se refigura. Para que nosotros podamos reconocer, confrontar, adoptar y construir cada visión, y acercarnos a este variado mundo, miraremos y escucharemos, a través de Ernesto (niño y adulto), a los distintos personajes, sus relaciones con los demás y, por supuesto, la manera en que cada uno influye en la construcción de la perspectiva de Ernesto.³

Iniciemos nuestra aproximación al cuento recordando rápidamente los acontecimientos: Ernesto y Pantaleoncha arriban a la plaza del pueblo de San Juan. Pantaleón toca su corneta, llegan los escoleros, los sanjuanes, don Vilkas, los tinkis, don Wallpa, don Inocencio, don Pascual y don Braulio (el principal del pueblo) para la repartición del agua. Posteriormente don Braulio mata a Pantaleoncha, Ernesto hiere a don Braulio y después el primero huye hacia Utek. Como podemos observar, el agua aparece muy poco en el cuento, lo cual permite pensar que es sólo un pretexto para la exposición de un conflicto mucho más trascendental. Entonces las preguntas son: ¿cuál podría ser la posible finalidad del cuento, realmente es el problema del agua lo importante o va más allá de lo social y se deja al descubierto la heterogeneidad del mundo quechua? Para intentar hallar una posible respuesta a qué sucede entre cada personaje (quienes son como ríos fluyendo y encontrándose en un mismo sitio: la plaza del pueblo) y Ernesto.

³ Cornejo Polar propone el término heterogéneo para esa diversidad de individuos en un mundo. Respeto a esto dice “el sujeto, individual o colectivo, no se construye en para sí, se hace, casi literalmente, en relación con otros sujetos, pero también (y decisivamente) por y en su relación con el mundo” (Cornejo, 1993). Por esta razón se debe conocer lo mejor posible a los sujetos y al mundo con los que se relaciona el narrador.

El cuento se divide en siete pequeños apartados. En el primero aparece Pantaleón, el cornetero, el mak'ta (“el mejor”), nacido en Wanaku (en las pampas de las punas); el que ha ido a la costa habla y sus primeras palabras son muy significativas, pues su opinión sobre don Braulio y los sanjuanes influirá bastante en Ernesto. Él lo ve y lo oye, y aunque en un principio el niño lo cuestiona y contradice, después la manera de pensar de Ernesto será muy similar a la de Pantaleón, quien toma su corneta, el instrumento que lo identifica y comienza a tocar; ésta es importante porque con la música él atrae a la gente. Algo similar ocurre con la voz de Pantacha, pues sus palabras se expandirán por toda la plaza, alemando a los comuneros a levantarse contra el principal. Por ahora la corneta de Pantacha y el baile de los escoleros reúnen a los sanjuanes. Las voces han comenzado a escucharse y a confrontarse; sin embargo, aún estamos en un espacio en equilibrio. Los comuneros sólo han escuchado la corneta de Pantaleón, pero todavía no las palabras de Pantacha; las cuales han llegado únicamente a los oídos de Ernesto, pues ha dicho que el pueblo se está muriendo, encuentra al culpable (el principal) y lo juzga. Ernesto, ante tal postura, va cuestionando al mak'ta y parece no entenderlo y duda. Así, comienza la exposición de puntos de vista, y de actitudes ante el conflicto que se inicia.

Al terminar el primer apartado hay un mundo alegre y equilibrado, pero en el segundo llega don Vilkas: el carcelero, indio viejo, amiguero de los mistis principales, respetado casi por todos los comuneros. Su cara es seria, su voz medio ronca y mira con cierta autoridad. Hasta este instante don Vilkas es un personaje muy diferente a los otros, por ello su presencia desequilibra el ambiente; su voz muestra otra visión, pues mientras los comuneros bailan para sus seres poderosos (sus Apus protectores), don Vilkas dice que eso no se debe hacer: ellos tienen que rezarle al patrón de San Juan para que mande el agua. Este “simple” acto (el baile) expone dos ideas distintas sobre un mismo tema: la religión; y mientras don Vilkas la valora desde una perspectiva más católica-cristiana, los sanjuanes lo hacen desde su perspectiva indígena. Esta oposición de puntos de vista deja al descubierto la confrontación de puntos de vista y la incomprensión de don Vilkas. Este “pequeño” roce de visiones de mundo provoca que la fiesta termine y el grupo que momentos antes cantaba se disuelve y cada uno se va hacia diferentes lugares.

El narrador abandona la escena anterior y Pantacha habla con desagrado de don Vilkas; Ernesto lo escucha y lo apoya, es decir, las visiones empiezan a aproximarse. Surge, así, otra confrontación: don Vilkas y Pantacha. Dos indios, no tan indios, enfrentan sus opiniones sobre el principal y mientras para el primero, don Braulio significa respeto, para el segundo es otro como cualquiera. Ernesto conti-

núa observando, y su postura va cambiando poco a poco conforme van apareciendo los personajes y con ellos visiones de mundo.

Para continuar con la exposición de la heterogeneidad de este mundo aparecen los tinkis. En esta ocasión, Ernesto contempla la actitud de los sanjuanes (no olvidemos que él está observando, confrontando y aprendiendo diferentes visiones de mundo). Los comuneros miran los cerros (el K'anrara y el Chitilla) y los comparan como si fueran hombres.

Los ríos son también dioses. Las grandes montañas tienen relaciones entre sí; se envían obsequios, se consultan acerca del destino que debe señalarse a las personas. Así como las montañas y los ríos tienen poder sobre los seres vivos y ellos mismos son seres vivos, todo lo que hay en el mundo está animado a la manera del ser humano. Nada es inerte. Las piedras tienen "encanto", lloran si no pueden desplazarse por la noche (...). Los árboles y arbustos ríen o se quejan; sufren cuando se les rompe una rama o se les arranca una flor, pero gozan si un picaflor baila sobre una corola. Los peces juegan en los remansos. Y todas estas cosas vivas están relacionadas entre sí. Las montañas tienen ciertas zonas especialmente sensibles sobre las cuales el hombre puede reposar pero no quedarse dormido, a riesgo de que la montaña le transmita alguna dolencia que pueda ser mortal (Arguedas, 1966: 208-209).

Con esta imagen se manifiesta la postura de Ernesto adulto, es decir, del narrador, ya que al hablar acerca de las montañas hay momentos en que pareciera hacerlo como una simple descripción (visión blanca), pero también se refiere a ellas concibiéndolas de la misma manera que los comuneros: les da características de hombres, es decir, de seres *vivos* y *conscientes*, lo cual nos permite ver que el narrador es capaz de mirar desde dos perspectivas.

Recordemos la imagen: los tinkis bajan del cerro y entran a la plaza. El arribo de estos personajes causa otra confrontación de puntos de vista entre Pantacha y don Vilkas; el primero expresa su cariño y su admiración por los tinkis, ya que según su opinión, ellos son comuneros de verdad; mientras que don Vilkas los desprecia, aunque también les teme porque son unidos y su varayok' no respeta mucho a los mistis. De este modo, se presentan dos puntos de vista sobre el principal y sobre los tinkis. Ernesto los oye, los observa, va formando su propio juicio y refigurándose.

Después don Wallpa, varayok' de los tinkis, saluda, abraza a Pantacha y habla con él. Los tinkis se acercan y Ernesto puede verlos mejor: aunque no tienen buen aspecto, sí poseen una mejor expresión que los sanjuanes. Con esta

imagen, el narrador mira y presenta a dos tipos de comuneros, los contrasta y muestra con más precisión la heterogeneidad de ese mundo; al mismo tiempo lo juzga y toma conciencia de su lugar en ese mundo y su deseo de pertenecer a un grupo. Gracias a lo anterior, se observa que la aparición de cada personaje adquiere relevancia tanto individual como para Ernesto, pues esos seres, a pesar de ser parte de una misma comunidad, son distintos, ya que aprenden, actúan y reaccionan de acuerdo con su vivir y su experiencia.

Volvamos a la llegada de los tinkis: Ernesto se siente bien entre ellos, porque le parece que tienen corazón de comunero (son comuneros de verdad), y la actitud de Pantacha apoya su juicio. El mak'ta habla con ellos, está satisfecho y alegre. Los tinkis, los sanjuanes y Ernesto oyen a Pantacha referirse a los pueblos que conoció y al abuso de los principales. Se escucha en sus palabras la rabia. Conducido por este sentimiento, Pantacha sube al poyo y plantea la idea de alzamiento, ante la cual los comuneros se asustan. Esta escena muestra, una vez más, la confrontación y diversidad de puntos de vista y con ello la heterogeneidad dentro de los comuneros, pues a pesar de que los tinkis, los sanjuanes y Pantacha pertenecen a un grupo común (todos son comuneros) no poseen la misma visión de mundo, debido, por supuesto, a varias circunstancias: los tinkis tienen una organización social diferente a la de los sanjuanes; los primeros son unidos y tienen un varayok' que no respeta mucho al principal, mientras que los sanjuanes viven muy cerca del principal y no tienen varayok'; por último, Pantacha ya ha estado en la costa y ha visto otra forma de vida y de organización.

Las confrontaciones prosiguen, Pantaleón se ha atrevido a hablar contra los mistis frente a don Vilkas y a don Inocencio, quien no está de acuerdo con las palabras de Pantaleón y lo calla; sin embargo, éste levanta más la cabeza y le responde. Vemos, una vez más, un enfrentamiento, pues se exponen visiones de mundo distintas. Estas constantes confrontaciones le permiten a Ernesto observar diversas actitudes y perspectivas; así continúa completando y modificando su propia visión de mundo.

Los sanjuanes, miedosos, nuevamente se separan de los tinkis, como en la primera aparición de don Vilkas, y se van con don Inocencio a otro corredor. Éste es otra fuerza que se opone al cornetero, pues, según la opinión de don Inocencio, don Braulio es el dueño de todo y por ello los sanjuanes deben defenderlo y no hacer caso a Pantacha. Ernesto sigue mirando, oyendo e inclinándose por cierta visión de mundo.

Hasta este instante a la plaza ya han llegado dos tipos de comuneros. Pantaleón les ha hablado a ambos y las reacciones han sido diferentes: los sanjuanes se han separado, los tinkis han formado un grupo. Esta situación conduce a Ernesto a

apreciarlos y a ser más duro con los primeros. Al frente de los tinkis están Pantacha y don Wallpa, dos seres con vivencias distintas; sin embargo, esta diferencia no es un impedimento para que el varayok' no entienda al cornetero, aunque, ciertamente, no experimente la misma rabia, puesto que sus razones son otras y su visión es como la de los tinkis y sanjuanes.

Entonces llega otro *río* a la plaza: don Pascual, el repartidor del agua. Él se dirige hacia los tinkis, hablan entre sí, y se escucha la voz de Pantaleoncha anunciando que el semanero va a dar el agua a los necesitados. Entonces, don Pascual sube al poyo y habla. Ernesto oye que la voz del repartidor es diferente a la de Pantaleón: no hay rabia, es más humilde, y casi ruega para que los comuneros se levanten contra don Braulio. Los sanjuanes no se asustan con sus palabras; por el contrario, lo miran tranquilos. Todos los comuneros se consultan, ahora entienden lo que Pantaleón, momentos antes, decía, y por fin están decididos a pelear en grupo. Esta reacción se debe a que han escuchado una voz que entienden porque comparten la misma visión de mundo. Vemos, pues, como palabras con un mismo sentido provocan diferentes reacciones, ya que todo depende de la voz que las emite, es decir, de la visión de mundo y posición y perspectiva desde dónde se habla.

Hasta aquí han aparecido distintas opiniones y posturas, es decir, una diversidad de individuos que conviven en una región: comuneros de dos pueblos, un mak'ta que ha visitado la costa, el varayok' de un grupo, el repartidor de agua, el carcelero y el sacristán; unos están contra el principal, otros lo apoyan, según sus intereses y su perspectiva, gracias a ello, Ernesto ha observado el mundo quechua, lo ha experimentado, ha visto cómo es, ha escuchado a sus personajes, ha contemplado sus reacciones; así va conformando y refiriendo su propia visión de mundo.

Pero no sólo los comuneros habitan ese espacio, ahora acerquémonos a los mistis y a su confrontación. Al igual que con los comuneros, también entre ellos existen diferencias y jerarquías; por esto Ernesto recuerda lo que hacían los mistis los domingos. Ellos iban a buscar a don Braulio según su alma, es decir, de acuerdo con su forma de ser: unos eran más pegajosos, más sucios y estaban muy temprano en la casa del principal para que los sirvientes los vieran; otros iban por miedo y llegaban más tarde; otros calculaban la hora en la que el principal iba a salir para invitar el trago. Aunque los mistis no son iguales a los comuneros, el principal también los humilla y se divierte con ellos, viéndolos borrachos.

Ya se había vislumbrado la figura de don Braulio y sus actos relacionados con los comuneros, pero ahora Ernesto lo contempla interactuando con los mistis, y después en el corredor de la cárcel, como centro tanto de los comuneros como de los mistis. En este espacio, don Braulio es como otro tayta Inti (el sol) que todo

lo quema, que hace arder al mundo con su rabia y llorar a los hombres, en este momento el narrador (desde su perspectiva más indígena) equipara al principal con Inti, un ser poderoso con quien los comuneros conviven.

Hasta este punto ya hemos conocido a todos los actores del cuento; hemos visto las características de cada uno; hemos escuchado sus voces; sabemos cuál es su posición; ahora se encontrarán todos en la plaza del pueblo, que es como un horno. Y en su centro, el eucalipto grande del pueblo aguanta el calor sin moverse, sin hacer bulla. Ya no hay aire, todo está estático, aplastado y amarillo. El ambiente está listo para la confrontación, por así decirlo, total de perspectivas. Veámoslo.

Pantacha mira ojo a ojo al tayta Inti. Sopla fuerte su cuerno y anima otra vez a los comuneros, malogrados por el Inti rabioso y por el principal maldecido. Estas palabras reiteran la imagen que iguala a don Braulio con el sol y la influencia y el poder de ambos. El cornetero se ha enfrentado al sol, lo ha observado; en la siguiente imagen mirará de frente al principal, quien también lo quema todo. Estas escenas son importantes, porque permiten ver la manera en que las imágenes que recuerda y cita el narrador se complementan, acumulan y adelantan; si bien en este instante mira el comportamiento de Pantacha, ya tiene en mente la próxima imagen, la cual se confronta con la primera.

Por fin llega don Braulio a la plaza. Los mistis vienen junto a él. Y como si hubiera entrado un toro bravo, todos los comuneros corren. Se forman dos grupos: don Braulio y los mistis (el poder), por un lado, y don Wallpa, Pascual y Pantacha (los “rebeldes”), por el otro; alrededor de ellos los comuneros se separan también en dos grupos: los sanjuanes que temen al principal y los tinkis que apoyan a don Wallpa. Esta constitución de distintos grupos señala las diferentes visiones de mundo y la confrontación de éstas.

Don Braulio saluda y los comuneros lo miran: unos asustadizos, otros tranquilos, otros rabiando. Por fin tenemos la imagen completa, todos los *ríos* han llegado al punto de confrontación, cada uno exponiendo su muy particular visión de mundo. Y cada uno de ellos ha sido observado por Ernesto, quien después de todo lo que ha visto, (en el momento de la escritura) es capaz de emitir un juicio y sentir rabia por don Braulio. Cuando contemplamos esta reacción no resulta difícil imaginar quién ha influido más en Ernesto. Ciertamente se trata de Pantacha. Por esta razón Ernesto comienza la narración con este personaje, pues confronta a dos grupos de comuneros, y también mira cómo estas dos visiones se enfrentan a otra que ha regresado de la costa con nuevas ideas. Veamos ahora qué sucede cuando estas posturas se encaran.

Seguramente, hasta este momento, se han preguntado por qué recurrir a las imágenes, para qué citar los acontecimientos. Como ya lo dijimos antes, hacer esto ayuda a entender tanto la visión de los personajes como la del narrador. Por ejemplo: todo está en silencio, el eucalipto suda y mira humilde al cielo. Esta descripción no carece de significado, pues anuncia que la postura de Ernesto está más cercana a la quechua, ya que en la “blanca” no tendría razón mencionar que el “eucalipto suda”, ¿cómo un ser humano? Por supuesto, es así en el mundo indígena. Continuemos con el acontecimiento. En ese ambiente, don Pascual comienza la repartición del agua; pero la forma en que lo hace no le gusta a don Braulio. Ambos discuten, el principal saca su arma y dispara. Todos los comuneros huyen. Pantacha grita, mas ahora su voz no provoca nada, mientras que la de don Braulio sí: sus gritos logran la desunión de los comuneros, y con ello, una vez más, el desequilibrio. Esta es una imagen similar a la de don Vilkas llegando a la plaza y terminado con la fiesta, o a la de don Inocencio con los comuneros en otro corredor. Nuevamente se percibe cómo el narrador acumula y empalma imágenes, se entiende que cuando cita la primera ya tiene presente la segunda y viceversa.

El cornetero y el principal no comparten la misma visión de mundo, razón por la cual parece inevitable un enfrentamiento entre ellos, y así ocurre: Pantacha levanta su cuerno y lo arroja sobre don Braulio. Precisamente lo que se observa en todo el cuento. El principal suelta una bala y Pantaleón cae: don Braulio le ha dado en la cabeza. Los comuneros se acobardan y se vuelven humildes. Entonces, Ernesto sabe que ya no hay nada: la rabia se va, la voz se calla y con ella el alzamiento. Encierran a don Wallpa y a don Pascual, mientras los sanjuanes y los tinkis escapan. La plaza, como al principio, queda en silencio. Esta situación nos lleva a la conclusión de que la rebelión no es una idea de los comuneros, no está en ellos, sino sólo en Pantaleón, quien llega de la costa con otra visión. Es verdad que el varayok’ y el repartidor entienden la voz de Pantacha, pero no la hacen suya, por eso no pueden continuar con la lucha: el miedo y su visión de mundo pesa sobre ellos.

Gracias a que Ernesto está frente a un ejercicio de memoria puede, desde una postura adulta, juzgar sus actos pasados y no está de acuerdo con lo que hizo. En estos momentos sus palabras evidencian la disconformidad con su comportamiento infantil: “Hombre me creía, hombre igual a Pantacha...” (Arguedas, 1935: 74). El resultado de esta confrontación y exposición de visiones provocan en Ernesto una reacción, una actitud muy cercana a la indígena. Ya se había percibido su apego a las ideas de Pantacha y con ello su rabia. Por eso Ernesto reacciona igual que el cornetero: levanta la corneta y se la avienta a don Braulio. Al sentirse herido y correrle la sangre puede verlo acobardado, oír que su voz ya no es de

hombre. Ernesto ve que puede vencerlo, si bien, más adelante, cuando ya está en la pampa, se da cuenta que esto no es suficiente, como tampoco lo es la manera de actuar, pues el principal volverá y todo seguirá igual, sólo que ya no hay cornetero, ya se apagó la voz que incitaba a la lucha y que proponía una nueva manera de concebir y relacionarse con su entorno y con los demás.

Don Braulio está herido, grita y ordena a don Antonio, el alcalde, que mate a Ernesto. Éste salta del corredor a la plaza y se va, entonces aparece otro grupo de comuneros: los utek'. El narrador ya los ha observado y los confronta con los otros dos grupos, inclinándose por los utek', ya que en Utek' se acababa la rabia del principal, porque estos comuneros sí se le enfrentan y lo hacen correr, y sólo puede abusar de ellos cuando don Braulio solicita que vengan los soldados en su ayuda. Estas razones llevan a Ernesto a "idealizar" la pampa de Utek': nunca es triste, se respira un ambiente tranquilo y alegre. Estos comuneros tienen otra visión, otro sistema económico, son diferentes a los sanjuanes y a los tinkis. Esto permite a Ernesto no engañarse, pues si bien es verdad que ahí se ve otra faceta del principal, éste sigue abusando de vez en cuando de ellos. Pareciera que no hay salida, ni siquiera en un mundo casi perfecto.

Con lo anterior hemos podido observar cómo esos *ríos*, individuales o colectivos, van fluyendo, y cambiando al encontrarse unos con otros; con ello se percibe su complejidad y la de su mundo. Su heterogeneidad los enriquece tanto a ellos como a quien los mire.

Todo lo anterior se ha visto desde una posición en apariencia neutral, pero podemos apreciar que el Ernesto adulto ha recordado, ha contemplado diferentes posturas, perspectivas y puntos de vista, ha oído voces distintas (la de don Pascual que es humilde y la del cornetero llena de rabia) y ha experimentado diversas emociones y reacciones. Aun después de este ejercicio de recordar, las palabras de Ernesto-adulto todavía están cargadas de la rabia que sentía de niño; el relato de Ernesto invita a no juzgar sino más bien tratar de entender las variadas posturas, comprenderlas, tolerarlas y, si es posible, aceptarlas.

En este primer cuento hemos observado que Ernesto ha actuado, en gran parte, como espectador, es decir, se ha dedicado a contemplar la complejidad de un mundo y sus diversos personajes (heterogeneidad). Por ello, estamos ante un problema más colectivo que individual, el cual ha sido útil a Ernesto para percatarse (y mostrar) de la diversidad de visiones de mundo (y, por ende, las constantes confrontaciones de puntos de vista), además, por supuesto, para ir formando una propia, pues no olvidemos que él observa las diferentes posturas, va aprendiendo de ellas y con ello ya se vislumbra un problema de identidad, el cual se expondrá con mayor claridad en "Los escoleros" (hablamos, a diferencia del cuento

anterior, de un problema individual). Aquí radica la importancia de aproximarnos al primer cuento, pues en él se bosqueja el mundo que habita Juancha y la razón de su conflicto de identidad. Entonces veamos qué sucede en el siguiente cuento.

“LOS ESCOLEROS”

El ser humano siempre ha deseado saber quién es, sentirse parte de un mundo, de un grupo. Para un pequeño que ha vivido dos universos, resulta más difícil encontrar su identidad. Y para lograrlo, es necesario que se enfrente y observe cada universo, que los confronte, los comprenda, y tal vez al final pueda definirse. Observemos cómo lo hace Juancha, el narrador de “Los escoleros”, para lo cual es necesario mirar a través de sus ojos, sentir y oír desde su postura y perspectiva todo lo que pasa a su alrededor.

Recordemos rápidamente los acontecimientos: Juancha y Banku juegan con el wikkullo, Juancha vence a Banku. Después estos dos escoleros encuentran a Teofacha y a la Gringa (la vaca que pertenece a Teofacha). Juancha golpea una pared con una piedra, luego va a la casa de don Ciprián. Al otro día Juancha sube a la cima de Jatunrumi, no puede bajar y don Jesús lo ayuda y lo golpea. Don Jesús y don Ciprián se van a la pampa, los concertados se reúnen en la casa del principal, cantan y juegan. En la plaza los escoleros también juegan. Don Ciprián y don Jesús llegan a la casa de noche, Juancha y Teofacha van al granero, ven a la Gringa. Teofacha y su madre reclaman a don Ciprián y éste mata a la Gringa. Juan enfrenta al principal y éste encierra a Juancha y a Teofacha.

Los quince apartados que conforman el cuento nos presentan situaciones, personajes, puntos de vista y, sobre todo, dos mundos, sumamente complejos: el quechua y el “blanco”. Todo lo anterior está estructurado por Juancha, el narrador, quien también desempeña la función de personaje, él cuenta lo que ve, oye, siente, experimenta, debate, recuerda, etc. Pero sucede algo especial: su narración (recuerdo) de su niñez está cuestionada desde un presente, es decir, vista con los ojos de un Juancha adulto (igual como ocurre en “Agua”) que trata de comprender lo que sucedió en esos tiempos de su infancia. A continuación sabremos si logra aclarar su sentir, si observar los acontecimientos y a los diferentes personajes desde lejos le proporciona la claridad que necesita, si consigue encontrarse y ubicarse en un mundo y las conclusiones a las que llega. Para ello primeramente veremos la manera en que Juancha confronta a los personajes de los dos universos en los que vive para después mirar cómo Juancha expone su conflicto de identidad y cómo los “simples” juegos del mundo quechua son lecciones de

aprendizaje para los escoleros y para Juan y, cómo esos juegos le brindan a este último la oportunidad de saberse y sentirse parte de un mundo.

Si observamos el cuento de manera muy superficial podemos decir que la Gringa (la vaca que pertenece a Teofacha) es el motivo del conflicto que se presenta, pero si vamos un poco más allá vemos que ella es sólo la excusa que desencadenará tanto el conflicto interno (identidad), como el externo (social y cultural) a los que se enfrenta Juancha. Recordemos, él y Bankucha encuentran a Teofacha y a la Gringa, este último le dice a Bankucha que don Ciprián quiere a la Gringa para él. Este hecho conduce a Juancha a exponer tanto la imagen que tiene del principal: “su alma de diablo se ha encaprichado” (LE: 88)⁴ como la actitud de los comuneros hacia don Ciprián (comportamiento y relación que Juancha no alcanza a comprender y que tanto lo atormenta, pues ellos son muchos y el patrón uno solo, y ni siquiera así se animan a enfrentarlo); y finalmente, la impotencia de Juancha (confirmada en el capítulo quince): Bankucha, Teofacha y él, aunque valientes, son sólo mak’tillos y no consiguen hacer nada frente a don Ciprián.

Ya que llegamos a estos tres escoleros mirémoslos más de cerca. Bankucha es el más indio, quien respeta y quiere al tayta Ak’chi; a Teofacha lo conduce y lo influye la visión de mundo de su padre, quien era arriero, por lo que viajó y conoció otros “mundos”, vivencias que heredó a su hijo; por esa razón Teofacha no puede ser igual a Bankucha, pero tampoco a Juancha; por último, Juan, que aunque no es netamente indio, interactúa con ellos, también con los mestizos y sus ayudantes, lo que lo lleva a ver el mundo desde una perspectiva muy particular y compleja: profundamente heterogénea. Estas diversas personalidades se contrastan y se oponen, pues vemos la manera en que cada uno de ellos responde ante las acciones de don Ciprián, es decir, cada escolero reacciona de forma muy peculiar cuando Teofacha les dice que el principal quiere a la vaca. Así, Teofacha y Juancha dicen que la defenderán y Banku se queda callado. Como vemos, alrededor de la Gringa giran varios “tipos” de seres humanos: los quechuas, los mestizos y los “blancos”, todos ellos poseen visiones de mundo distintas (de acuerdo con su procedencia), las cuales los hacen actuar.

Por otro lado, no sólo los hombres se contrastan, se confrontan y se asocian, también los animales. Recordemos el acontecimiento: la lluvia se calma y comienza el ladrido de los perros. Con quienes se aprecian dos tipos de personajes muy diferentes: los chaschas y el Kaisercha (el perro que pertenece a don Ciprián). ¿Por qué esas imágenes? Para contrastarlas y comprenderlas. La descripción de

⁴ En todas las referencias al cuento “Los Escoleros” se pondrán las siglas LE más el número de página.

los chaschas (a veces peleaban y se mordían) recuerda a los lukanas y a los ak'olas, quienes en ocasiones hacían lo mismo que los animales. También la voz extraña y fuerte del Kaisercha, lo hace muy parecido a don Ciprián y a éste en su relación con los indios. Además, tanto don Ciprián como Kaisercha son “extranjeros”, lo cual se nota en el ladrido del perro y en la voz del principal, pero entendida ésta no como tal, no como sonido, sino más bien lo que expresa, es decir, las palabras de don Ciprián son diferentes a las de los indios, porque provienen de mundos distintos; él no piensa igual que los comuneros. Al sentir esta distancia, los concertados (aquellos que trabajan para el hacendado por un salario) tratan, a su modo, de explicar el porqué Kaisercha ladra de esa manera: según ellos anda buscando su alma. Juancha relaciona esta interpretación (muy india) con el principal y también, de alguna manera, con él mismo, pues no olvidemos que Kaisercha y don Ciprián no son los únicos forasteros. Juancha también lo es, también tiene un espacio de experiencias y un horizonte de expectativas diferentes a los de los escoleros ak'olas, sin embargo, él se ha integrado más a ellos y ha tratado de vivir a su manera.

Ahora bien, observamos que en su caminar, Juancha choca con esos seres de los dos mundos: el quechua y el “blanco”; los mira, los oye, y en varias ocasiones sus visiones se confrontan, lo cual enriquece tanto a él como a quienes lo escuchamos, pues la existencia de varios personajes ayuda a percibir y jugar con una pluralidad de puntos de vista (es cierto que en “Agua” sucede algo parecido, pero en el cuento que estamos analizando Juancha se relaciona mucho más con los personajes). En este sentido, el narrador enfrenta, primeramente, su postura a la de Banku, un personaje completamente indio. Aquí surge la primera discrepancia: Banku mira humilde y con respeto al tayta Ak'chi, mientras que Juancha no, porque el tayta no tiene el mismo valor ni el mismo significado. En este punto tenemos que aclarar que, si bien no coinciden completamente ambas posturas, sí concuerdan en cierto sentido, pues Juancha de alguna manera ve al tayta Ak'chi con ojos indios ya que admite que él recorre sus tierras, anda con pasos largos y los riachuelos juntan sus orillas para dejarlo pasar.

Con lo anterior Juancha nos deja ver imágenes realmente bellas, y aunque llega a aceptarlas, también las rechaza; con ello aparecen otros conflictos: la estructura social y los sentimientos encontrados que tiene sobre don Ciprián, un personaje del mundo “blanco”. Juancha dice: “Pero todo eso es mentira. Los pastales, las chacras que mira el tayta Ak'chi, y el tayta también son pertenencia de don Ciprián, principal del pueblo [...]” (LE: 86). El principal y el tayta Ak'chi representan (igual que en “Agua”) las dos fuerzas primordiales de los dos mun-

dos: el quechua y el “blanco”. Y por supuesto, cada uno actúa de manera diferente, siguiendo su visión de mundo: el cerro cuida a todos y don Ciprián no.

Continuemos con la confrontación de puntos de vista entre Juancha y Banku, originada por la imagen del tayta Ak’chi: Banku se queja y no acepta la opinión de Juancha, por lo que éste le pregunta: “¿Lequieres al Ak’chi, Banku?” El mak’ta responde: “El tayta Ak’chi es patrón de Ak’ola, cuida a los comuneros, a las vacas, a los becerritos, a todos los animales: todos somos hijos del tarta Ak’chi”. (LE: 86). Ante tal respuesta, regresa la negación de Juancha. “¡Mentira! Nadie es padre de los comuneros, nadie, solos, como la paja de las punas son. ¿El corazón de quién llora cuando a los comuneros nos desuella don Ciprián con sus mayor-domos, con sus capataces?”(LE: 86). En estas líneas Juancha reprocha la soledad de los comuneros, pero no lo hace precisamente fijándose en ellos, sino en él, pues conocemos su orfandad y el maltrato que recibe del principal, además de que se acepta como parte del grupo indio. Gracias a este reclamo, más individual que colectivo, se observa su conflicto, su pelea interna: no entiende por qué los indios no odian al principal, por qué no piensan igual que él. Después, Juancha nuevamente habla contra el tayta, Banku se molesta (“Deja, Bankucha; el tayta Ak’chi es upa;⁵ sonso es como el lorito de las quebradas”). Es evidente, pues, que las visiones de mundo de los dos niños no son iguales.

Lo que acabamos de ver se puede resumir de la siguiente manera: Juancha y Bankucha observan el cerro. El mak’ta presenta su visión india, luego Juancha la rechaza y plantea la suya. Posteriormente éste oye a Banku y se da cuenta que respeta a su tayta, quien de alguna manera es similar a don Ciprián, y ahí aparece gran parte de su propio problema: Juancha no sabe realmente quién es ni por qué se siente como se siente. Siguiendo con la imagen, Juancha mira al cielo, lo ve negro por el lado del tayta Ak’chi, lo cual le provoca miedo. Esta escena refuerza la relación que existe entre el cerro y el principal. Juancha lo ve negro, porque precisamente lo que más adelante vivirá con don Ciprián será una situación complicada.

Regresemos al momento en que Juancha está con Bankucha mirando al cerro, aquél le dice que su tayta no sirve, que es upa, y después de ver lo que les hace don Ciprián a los comuneros, aparece la razón por la que lo dice. Es más, el tayta se cubre de nubes y duerme mientras abusan de sus hijos, a pesar de ser el protector del pueblo. Como dice Bankucha: “todos somos hijos del tarta Ak’chi” (LE: 86). Pero los argumentos de Juancha están más apegados a la visión católica que a la quechua, pues los comuneros no sólo ven al tayta como ese ser protector, sino como un ser poderoso. Pero Juancha también menciona al taytacha San José,

⁵ *upa*: sordo, tonto. [N. del C.] (LE: 114).

patrón de Ak'ola; sin embargo, él tampoco es dueño del distrito. En vano los ak'olas le hacen fiesta, también él es sordo como el tayta Ak'chi, pues es amigo del patrón. Descartados los dos seres más poderosos (el indio y el "blanco"), quien queda como dueño de todo es don Ciprián Palomino.

Ahora veamos cómo el principal, a pesar de su poder, de su supremacía sobre los indios, también actúa distinto; es capaz de mostrar otra faceta y, sobre todo, la organización entre él y el pueblo no puede ser trastocada ni siquiera por el principal. Don Ciprián procede de manera extraña cuando vuelve de la puna, lo cual revela que algo no anda bien. Miremos qué sucede: llega el principal, pero de noche, cosa que nunca hace. Esto es así, porque ha cometido una falta: ha roto ese equilibrio que debe existir entre él y los ak'olas. Juancha sospecha que ha traído a la Gringa de "daño" y se lo dice a doña Cayetana, pero ella lo calma diciéndole que "Aunque sea el principal, de chacra extraña, no saca animal de otro..." (LE: 109), y mucho menos a oscuras como ladrón. Pero resulta que don Ciprián sí ha robado, motivo por el cual vuelve de noche. Este hombre, como se observa, nada respeta; ante este comportamiento, regresa la rabia de Juancha, quien va a buscar a Teofacha, le cuenta todo, y ambos van al corral a mirar. Entonces Juancha le propone romperle la cabeza con wikullo al principal. Los escoleros se sienten más valientes que todos los ak'olas, como hombres grandes, aun cuando Juancha adulto sabe que no lo eran (como lo sabía Ernesto adulto en el cuento anterior).

Don Ciprián se encuentra posteriormente con la madre de Teofacha. Ella lo insulta y madre e hijo se van. En este instante la imagen del principal cambia. Hasta ahora lo hemos visto fuerte, rabioso, pero en estos momentos su mirada ya no es de hombre. Acepta que la vaca no ha hecho nada, la robó porque la quería para él, y reconoce que, aun siendo el patrón, tiene límites y por ello quiere comprender su falta, con ello Juancha vive una nueva experiencia, pues ve de otra forma a este hombre.

Contraponiéndose a don Ciprián está doña Josefa, su esposa, mujer medio india (en buena parte mestiza), quien sí siente cariño y compasión por Juancha. Estamos, nuevamente, frente a un contraste de personajes según su procedencia. Ahora, la importancia y la relación que se establece entre doña Josefa y Juancha es sobresaliente, porque al exponer el conflicto de Juancha: pensar, escuchar su conciencia, y querer golpear a don Ciprián, y después cuando Juan mira a doña Josefa, recuerda a Bankucha y al wikullo, entonces le vuelve la seguridad y el valor, pues, aunque no completamente, Juancha tiene un poco de cada uno ellos; entonces, el mundo quechua lo tranquiliza.

Ya observamos la actitud de los comuneros, de los escoleros y del propio Juancha ante don Ciprián. Ahora veamos la relación que se establece entre los

primeros y doña Josefa. Frente a ella, los comuneros ríen y bailan, pues la quieren y le muestran su verdadero corazón. Por supuesto, tanto don Ciprián y doña Josefa son personajes que, aunque patrones, tienen una procedencia distinta, por ende, una visión diferente, por eso ella entiende y ayuda a los comuneros mientras el otro los maltrata y abusa de ellos. La presencia de doña Josefa es trascendental para Juancha, porque además de permitirle contrastarla con don Ciprián y observar que no son iguales, también el contacto con ella lo cambia y lo serena, pues en ella, como en los comuneros, no hay lugar para la rabia, están alegres y tienen brillo en sus ojos.

Pero, ¿por qué el conflicto de Juancha? Oigámoslo, él mismo expone sus motivos.

Hemos escuchado que las palabras de Juancha se confrontan con las de Bankucha, situación que puede parecernos infundada. Por ello, es necesario que el narrador nos explique su postura. Recordemos la imagen: Bankucha, Teofacha y Juancha se separan. El cielo está negro. Las calles están sin gente y sin animales. Gran cantidad de hojas verdes, paja y basura revolotean en el aire, el viento veloz los revuelve. Juan tiene frío y pena. Como vemos, el ambiente es propicio para pensar; Juancha lo aprovecha y comienza un largo monólogo, el cual fundamenta el porqué de sus choques con Banku: “yo soy wikullero, hijo de abogado, misti perdido” (LE: 109). Su conflicto es, pues, el resultado de vivir estas dos realidades: se reconoce wikullero, pero también “blanco”, con su propia concepción del mundo. Si se ha observado con detenimiento, hemos visto que don Ciprián está presente en todo el cuento de una manera u otra, porque es quien le provoca a Juancha su discrepancia con el mundo quechua. Si el principal no estuviera, si no quisiera a la Gringa, Juancha no tendría por qué cuestionar su propia identidad.

Esta lucha interna ocasiona que Juancha se sienta enfermo, con pena, y que sufra, pero todo esto le sirve para reconocerse (desde su perspectiva adulta) diferente a los demás: “Yo no era un mak’tillo despreocupado y alegre como el Bankucha. Hijo de misti, la cabeza me dolía a veces y pensaba siempre en mi destino, en los comuneros, en mi padre que había muerto no sabía dónde, en los abusos de don Ciprián: y lo odiaba más que Teofacha, más que todos los escoleros y los ak’olas” (LE: 96). Es verdad, su condición lo obliga a pensar y a preguntarse por qué nadie hace nada, él aún no comprende que su visión y la de los ak’olas no es la misma y olvida que los indios no piensan “racionalmente”, es decir, al estilo “occidental”.

Después de que Juancha ya miró las diferencias de los dos mundos (el quechua y el “blanco”) y los confrontó, observaremos cómo y qué elementos le proporcionan ciertos rasgos de identidad. Veamos.

El cuento comienza así: “El wikullo es el juego vespertino de los escoleros de Ak’ola” (LE: 83). En esta oración tenemos ya varios elementos que guiarán la narración, los cuales variarán, se ampliarán y se sustentarán, conforme la historia avance: primero el narrador habla del juego, actividad muy importante en la formación de los ak’olas,⁶ también oímos la posición de Juancha, quien no se reconoce como escolero de Ak’ola (aunque después lo hará), lo que nos lleva a otro hilo conductor del cuento: la búsqueda de identidad, que se hará a través de varios elementos que iremos viendo poco a poco.

Inmediatamente después del juego aparece la descripción de Banku, el mejor escolero, el campeón en wikullo. Es necesario mencionar las características de Banku, porque gracias a éstas Juancha puede ver en él a un ser poderoso a quien vencer. Por otro lado, con la presencia de Banku también se aprecia la organización social de los ak’olas y la relación que se establece entre ellos y el principal, al tiempo que se confrontan, una vez más, estos dos mundos.

Juancha recuerda los trabajos que hacían los escoleros bajo el mando de Banku. Esto conduce a tres situaciones: 1) la imitación: los escoleros se están preparando para ser hombres y realizan faenas, igual que los adultos; 2) Juancha se acepta como miembro de este grupo, pues él también hace los trabajos y obedece como todos; 3) los escoleros no sólo aprenden los quehaceres, también la organización social y cultural, por esta razón Juancha menciona que Banku cumple, pues, una función similar a la de don Jesús, el mayordomo de don Ciprián y, aunque el escolero y don Jesús se parecen, su proceder es muy distinto, es decir, Juancha observa que aunque tanto Banku como don Jesús desempeñan o tienen el mismo cargo, pero gracias a que son parte de mundos diferentes su actuar no es idéntico, con lo cual Juancha reconoce y confronta, una vez más, dos formas de organización. Al hacerlo, la postura de Juancha se inclina hacia Banku, pues según Juancha, éste sí sabía mandar.

⁶ Arguedas hablando del factor económico-social de los indios dice que a pesar de los colonizadores y hacendados en las comunidades indígenas se ha conservado la sabiduría antigua. “Las técnicas antiguas han pervivido, las concepciones antiguas siguen rigiendo la conducta del hombre. Así, el niño indio juega casi invariablemente a manera de entrenamiento para realizar bien sus ocupaciones de adulto. Podríamos hablar de un tipo de juego funcional y no de recreación pura. Juega imitando las faenas que realizan los mayores; ara, arrea “animales” —que pueden estar representados por piedras o insectos— y los encierra en “corrales” tosca o primorosamente construidos de guijarros o trozos de barro seco, “construye” casas. Acueductos, hornos, molinos. Los juegos del niño indio de las comunidades muy aisladas y monolingües constituyen no sólo un medio de entrenamiento biológico sino social y práctico. Son parte de la educación, puesto que todo el proceso de ella es irregular, aún cuando concurra a la escuela, porque la escuela oficial prepara para otra clase de vida que la que habrá de llevar en su medio social nativo” (Arguedas, 1966: 208-209).

Recapitulemos. En el primer apartado encontramos el juego como parte de la visión de mundo indígena; a Juancha como miembro de los escoleros, aprendiendo no sólo las faenas, sino el funcionamiento de los grupos, y mirando al personaje que más dolores de cabeza le ocasionará: don Ciprián.

En el segundo apartado se profundiza en el juego del wikullo: su desarrollo y su función en el mundo quechua. Juancha se enfrenta al campeón en wikullo (al indio completamente indio) y le pide que corte wikullos para los dos y así jugar a iguales. Banku no contesta, pero lo acepta. Acción que indica que dentro del sistema de juego de Banku se presenta la idea de igualdad, de no abusar, muy diferente a lo que se observará con don Ciprián (en la visión “blanca”).

Ahora veamos la imagen del río (Wallpamayu) donde juegan wikullo: está fangoso, arrastra ramas, se revuelve entre las grandes piedras y salpica muy alto. Es fuerte, es otro ser poderoso que se debe enfrentar y derrotar para ser mejores. Juancha y Banku competirán no sólo entre ellos, sino también con el río. Una vez más apreciamos a un Juancha viviendo, asimilando y comprendiendo el mundo quechua.

Juancha se prepara y logra pasar a Wallpamayu, derrotando a Banku. Este hecho marcará a Juancha de manera importante, pues vence al mejor en un juego indio. Si miramos desde el problema de identidad, el cual es trascendental para el narrador, el hecho de ganar en el wikullo representa una forma contundente de saberse y sentirse parte de ese grupo tan querido. Es como si a partir de este objeto, y propiamente del juego, Juancha se reconociera tan indio como Banku. Aunque veremos que el conflicto de Juancha no se resuelve tan fácilmente, él necesita experimentar los dos mundos para intentar entenderse y quizá encontrarse.

Como mencionamos anteriormente, el narrador juzga desde su visión adulta, es decir, desde el presente en que relata lo sucedido. En este momento Juan-adulto sigue con la idea que renglones atrás se mencionó: el ser un ak’ola. “Me pareció que ya no podía haber querido en mi vida nada más que eso” (LE: 84). Comprendemos la felicidad de Juancha, pues juega y gana; y no sólo eso, además puede convertirse en el mejor wikullero, en un hombre como Banku sin problemas de identidad.

Este, en apariencia, simple juego causa distintos y sobresalientes efectos y también cambia perspectivas. Por ello Juancha, en el primer apartado, presenta a Banku como el mayordomo, como el mejor escolero, como el campeón en wikullo; pero, al enfrentarlo y vencerlo, logra apreciar otra faceta del mak’ta: éste trata y trata de atravesar el río, pero no puede y Juancha lo ve en apuros. Las circunstancias que ambos personajes viven les producen sentimientos nuevos, la primera impresión se refigura, se complementa y de esta manera van formándose seres

más complejos que responden y actúan condicionados por la situación que atraviesan y por su visión de mundo.

Para conformar la visión de mundo de los personajes, uno de los elementos fundamentales es la voz, por esta razón al escuchar a Banku confirmamos su punto de vista sobre el juego. Él dice: “Juancha, desde tiempo has estado alcanzándome, eres buen mak’ta. Si mañana no te igualo vas a ser primer wikullero en Ak’ola” (LE: 85). Estas palabras exhiben la visión de mundo de Banku y observamos que para él, el juego significa más que un pasatiempo; comprendemos que el mak’ta compite para lograr ser el mejor, el líder y no conforme con ese aprendizaje también es capaz de aceptar la derrota sin ningún inconveniente. Si bien, es verdad que Juancha es capaz de vencer al mejor escolero en un juego quechua, tiene un problema: su visión no es la misma que la de aquél. Por ello, aunque Juancha intente comprender a Banku, como de hecho lo hace, al final le queda cierta desazón, pues no lo logra por completo (no olvidemos que también la visión “blanca” está presente).

Ahora veamos otro instante que se relaciona con el wikullo y nos aclara su importancia y su aparición en un primer momento en el cuento: Juancha golpea con una piedra, que aparenta ser un wikullo, una pared que tiene una piedra redonda encima (“uma”) y que representa la cabeza de don Ciprián. Juancha hace los mismos movimientos que vimos anteriormente en el río: tira e hiere. Estos sucesos son muy significativos, porque apoyan una de las ideas que se planteó al principio: el juego como forma de aprendizaje y de reconocimiento. Juancha se ha “enfrentado” al principal con el wikullo, juego que domina y en el que acaba de derrotar al mejor, le ha gritado y le ha ganado. Después Juancha se dirige a la puerta de la casa de don Ciprián, y en el camino siente como si momentos antes hubiera peleado con alguien. Y de hecho, así ha sido: Juancha ha luchado contra el principal y el mundo que éste representa, y contra sí. Pero, Juancha está triste, ya que no ha logrado patear a don Ciprián como buen wikullero: siente miedo, sabe que no puede herir realmente al principal, y que ahora tendrá que enfrentar al hombre de carne y hueso. Ya observamos que Juancha convive con personajes quechuas y que intenta hacer suya la visión de éstos; sin embargo, al contemplar la imagen y los sentimientos anteriores comprendemos que Juancha no entiende completamente la visión indígena: ellos no juegan para vencer y controlar (como él lo hace), sino para ser mejores. Juancha llega a la casa y se topa con su realidad. El estado de ánimo (tristeza) con el que entra a la casa es el resultado de su frustración. Sabe que aventarle una piedra a otra no significa que vencerá al verdadero problema, porque no es con el principal, sino consigo, pues no entiende ninguno de los dos mundos que vive. Juancha ve a don Ciprián, y observa como los

ojos de éste se ponen turbios, como cuando siente rabia. Esa noche la mirada del principal es peor que otras noches. Quizá esto no sea así, pero recordemos que Juancha, de alguna manera, acaba de enfrentarlo.

El encuentro entre Juan y don Ciprián es significativo, porque se revela la razón por la cual Juancha está con él: su padre le hizo perder dinero a don Ciprián y ahora Juancha tiene que pagarla. Por ello, cuando Juan mira al tayta Ak'chi, reclama que nadie llora cuando el principal abusa. Sí, Juancha está solo y nadie lo defiende, por este motivo experimenta el abandono del tayta, y su enojo contra él.

Veamos otra imagen donde aparece otro juego que aproxima a Juancha al mundo indio: doña Cayetana manda a Juancha al cerco de Jatunrumi a cortar alfalfa para calmar la rabia del principal. En este lugar se presenta otro juego, otra competencia para Juancha: trepar hasta la cima del Jatunrumi, la piedra más grande de Ak'ola: "Subir hasta la cabeza de Jatunrumi era proeza de los escoleros mayores y valientes" (LE: 92). Si Juancha ya venció a Banku en el wikkul, también puede triunfar en esto y si lo logra, se confirmará más como escolero, además podría enfrentarse y romperle la cabeza a don Ciprián. Es como si cada juego preparara a Juancha para encarar al principal y lo acercara más a los ak'olas (a la visión indígena).

Entonces Juancha reta a Jatunrumi y gana. Se planta en su cumbre y desde ahí mira el pueblito humilde y pobre. Juancha siente pena al contemplarlo desde ese lugar, desde donde reconoce su espacio. Permanece allí un rato pensando. Oye el criterio de las vacas y regresa; otra vez el desaliento, la pena y el odio de antes se intensifica. Detengámonos un poco: Juancha ha visto el pueblo desde una perspectiva muy singular (la cima de Jatunrumi), ha pensado y mirado su realidad. Cuando quiere bajar de Jatunrumi, no puede. En esos momentos, vuelve esta relación que mantiene con los seres poderosos, en este caso son don Ciprián y Jatunrumi. Es verdad que éstos ejercen su poder de manera distinta, pero ambos son capaces de causar daño, por lo que se les puede comparar. Jatunrumi, dice Juancha: "me quería para él, seguro porque era huérfano; quería hacerme quedar para siempre en su cumbre" (LE: 93), tal y como sucede con el principal. Juancha intenta bajarse, pero en todas las ocasiones siente miedo y regresa a donde comenzó. Aquí está su contacto con los dos mundos: a Jatunrumi no logra derrotarla totalmente, lo mismo sucede con don Ciprián, pues un día antes había vencido al principal en la pared y cuando lo enfrenta en la realidad, resulta que sigue bajo su mando, y por más rabia y valentía que sienta, siempre regresa al mismo lugar. Es, pues, una victoria nunca concretada: sea en la estructura social "blanca" o en la estructura cultural india.

En esta relación con Jatunrumi también vemos a un Juancha más apegado a la visión quechua, pues recuerda lo que dicen los comuneros y lo cree: “De tiempo en tiempo, dicen, sienten hambre y se llevan a un mak’tillo; se lo comen entero y lo guardan en su adentro” (LE: 93). Por ello, Juancha espera que en cualquier momento la piedra se lo trague. Pero, al mismo tiempo, encontramos su otra parte: “¡Jatunrumi Tayta yo no soy para ti; hijo de blanco abugau; soy mak’tillo falsificado. Mírame bien Jatunrumi mi cabello es como el pelo de las mazorcas. Mi ojo es azul: no soy como para ti, Jatunrumi Tayta!” (LE: 94). Efectivamente, Juancha es mak’tillo falsificado, por eso, aunque entra en comunión con algunos elementos indígenas, no puede entender por completo su visión. Esta es la razón de sus conflictos. Observamos que Juancha desea que los indios hagan algo contra las injusticias del principal, pero como esta idea no forma parte de la visión de ellos, no lo harán, no es necesario, o no, cuando menos, al estilo “occidental”, como vimos en “Agua”.

Así, la perspectiva de Juancha va transformándose de acuerdo con el punto desde donde mira. Después de que don Jesús lo baja de Jatunrumi, Juancha ve una vez más el pueblo, pero ahora le parece bonito, alegre. Las dos imágenes que él nos presenta cambian. Primero ha visto al pueblo desde la piedra y se siente triste, desde ahí contempla al pueblo con su mirada de mak’tillo falsificado; cuando desciende de la piedra, entra en el pueblo y la imagen se modifica, pues ahora lo contempla como un escolero más. Claro, todo se ve diferente, porque desde fuera no se entiende un mundo, pero si se adentra uno en él y se establecen lazos afectivos y culturales, entonces, se puede llegar a comprenderlo y a vivirlo como comunero, tal y como le sucede a Juancha.

Después de la bella descripción del pueblo, Juancha se siente bien, la alegría de la quebrada madre lo consuela. Hemos visto cómo la relación que se entabla con la naturaleza es muy importante, pues Juancha va reaccionando de acuerdo con su entorno (una idea muy india, pues recordemos que hay un estrecho vínculo entre la pacha y el hombre). Anteriormente observamos un ambiente triste y oscuro y oímos palabras desconsoladoras, aquí todo es brillante y alegre; por ello, el siguiente monólogo de Juancha tiene las mismas características y además presenta esas dos figuras que comparten un espacio: los ak’olas y el principal. Primero se imagina cómo sería Ak’ola sin don Ciprián (ambiente que verá después), y se lo figura muy tranquilo. Decide quedarse ahí con ellos, y ser un buen mak’ta ak’ola. Después aparece la figura de los ak’olas: son buenos, se ayudan y se quieren. Con estas dos imágenes apreciamos un mundo realmente equilibrado. Entonces, ¿por causa de quién hay problemas? Evidentemente, por culpa del principal, pues él provoca todo. Al hallar el probable motivo por el cual ocurre todo, Juancha

reflexiona, una vez más, sobre la posible solución (la muerte de don Ciprián), pero se da cuenta de que esto no resolverá el conflicto, pues hay alguien más arriba de don Ciprián, una especie de padre de los principales (que sabemos se refiere al Presidente de la República), el cual, seguro es más grande que él. De manera que si matan al principal, innegablemente vendrá otro, y todo seguirá igual.

A continuación veremos un Ak'ola sin el principal, a los comuneros viviendo su mundo, y a Juancha observándolos y luchando consigo. Llegan los concertados y los peones a la casa de don Ciprián. José Delgado y don Tomás comienzan el juego de insultos, el cual siempre gana don Tomás, pues es el rey de los mismos. Si recordamos, desde un principio planteamos al juego como aprendizaje y competencia, por ejemplo, los escoleros luchan y demuestran quién es el mejor, a quién deben respetar los demás. Pero no sólo lo hacen ellos, también los adultos juegan y así aprenden. Y en este caso se evidencia de manera transparente: José Delgado escucha a don Tomás para aprender de él y algún día ganarle, tal como ya vimos que sucedió con Juancha cuando vence a Bankucha en el wikullo.

La paz y la felicidad que hay en el pueblo son propicios para que Juancha pueda recordar otros juegos: los lukanas y los ak'olas no se llevan muy bien, por lo que en los carnavales y en la “escaramuza” se pelean como en juego, pero en realidad, se golpean hasta hacerse daño. Y los escoleros nuevamente los imitan: se dividen en dos grupos y juegan. De manera que otra vez se aprende a través del juego. Es, también, por eso que los escoleros, cuando se va el principal, se reúnen en la plaza y organizan otro juego, el cual consiste en domar al chancho de doña Felipa. Y una vez más, el mejor debe montarlo, y ese es el mak'ta Bankucha. Éste manda a Juancha por el chancho de doña Felpa, quien es muy seria, rabiosa, y odia a los chiquillos. Hay, pues, que ser mak'ta para llevar al chancho, y Juancha definitivamente lo es. Estamos, una vez más, ante otro animal “extranjero”, pues el chancho es parecido al Kaisercha y a la Gringa, ya que es un kuchi rubio, mientras que los otros son negros. Finalmente Bankucha lo doma y termina bailando. Estamos, nuevamente, frente a un mundo tranquilo, alegre, y equilibrado que Juancha observa y del cual forma parte.

Al final el patrón encierra a Juancha y a Teófanes en la cárcel. “En un rincón oscuro, acurrucados, Juancha y Teofacha, los mejores escoleros de Ak'ola, los campeones en wikullo, lloramos hasta que nos venció el sueño” (LE: 113). Por fin Juancha se enfrentó al principal y no pudo derrotarlo, porque éste juega distinto. Sus relaciones de poder son diferentes: don Ciprián compite con su látigo y su pistola; por ello, no le sirve a Juancha ganar en wikullo, ser el mejor escolero y que logre subir hasta la cima de Jatunrumi. Ahora se enfrenta a un ser poderoso,

pero muy distinto al Wallpamayu: un ser al que no puede vencer, porque no comparten la misma visión de mundo.

Hemos recorrido junto con Juancha los momentos que le ayudan a descubrirse y entenderse, por lo que podemos concluir que sí logra reconocer su problema: no es un ak'ola, y aunque juegue, aprenda y los imite, si no piensa como ellos y sigue con la rabia, continuarán sus dolores de cabeza y su búsqueda de identidad. Al final, no logra ser un escolero por completo, aunque conserva su inclinación por ese mundo, y de una u otra manera comienza a comprenderlo.

Como bien hemos conseguido observar tanto Ernesto como Juancha ponen al descubierto un mundo profundamente heterogéneo, es decir, los narradores han dado cuenta de los diversos personajes que conviven en una región y comparten una organización social muy particular, y además que poseen una visión de mundo igualmente singular, la cual resulta extraña e incomprensible para un individuo que viene de fuera (como los narradores de los dos cuentos) o para uno que ya ha conocido otras visiones de mundo (como Pantacha y Teofacha).

Debido a esta variedad de visiones de mundo se producen algunos enfrentamientos entre ciertos personajes, gracias a lo cual quedan más delimitadas y comprendidas las diferentes opiniones y puntos de vista, es decir, cuando en los cuentos vimos cómo chocan los personajes, cómo se confrontan, se contrastan y cambian, se mira la diversidad de pensamientos, asimismo se entiende el porqué cada uno procede de la manera en que lo hace. Respecto a los narradores, en el instante en que ellos observan cada postura (personaje) la cuestionan, se confrontan con ella, aprenden, toman partido y por supuesto todo ello deriva en un autoreconocimiento, pues entienden la procedencia de cada comportamiento, cada actitud y cada conflicto.

Este autoreconocimiento, como vimos, se produce con mayor fuerza en “Los escoleros”, pues en “Agua” se mostraron con más claridad la diversidad y la confrontación de individuos con quienes convive un niño “blanco” en un mundo indígena. Juancha consigue ver, gracias a su recuerdo, que la causa de su problema de identidad es su origen, es decir, ser hijo de un abogado le proporciona cierta visión de mundo y aunque vive con personajes indios no consigue apropiarse por completo de la visión de éstos y, por ello, no logra comprender totalmente su proceder; sin embargo, su apego a los comuneros, a los escoleros, a sus costumbres y, sobre todo, a sus juegos, Juancha puede inclinarse por los indígenas, además de reconocer que su rabia y su deseo de golpear al principal no es la mejor solución para frenar su abuso.

Lo anterior permite concluir que “Agua” le proporciona al narrador la posibilidad de observar el funcionamiento de un mundo con sus diversos individuos

(conflicto colectivo), al mirar y no entender muy bien el comportamiento de estos hombres, aparece ya en el narrador un conflicto de identidad (problema individual), el cual se exhibe, se reconoce y se aclara en “Los escoleros”, por todo esto fue necesario examinar con cierta profundidad cada cuento.

Bibliografía

- Arguedas, José María (1935a), “Agua”, en *Obras Completas*, Lima, Horizonte, 1983, pp. 57-76.
——— (1935b), “Los escoleros”, en *Obras Completas*, Lima, Horizonte, 1983, pp. 83-113.
——— (1966), “Algunas observaciones sobre el niño indio actual y los factores que moldean su conducta”, en *Nosotros los maestros*, Lima, Horizonte.
Batín, Mijail (1921-1924), “Autor y héroe en la actividad estética”, en *Hacia una filosofía del acto ético y otros escritos*, Barcelona, Universidad de Puerto Rico/Anthropos, 1997, pp. 82-105.
——— (1934-1935), “La palabra en la novela”, en *Teoría y Estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1989, pp. 77-236.
Cornejo Polar, Antonio (1973), *Los universos narrativos de José María Arguedas*, Lima, Horizonte, 2a. ed., 1997, 279 pp.
——— (1993), *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*, Lima-Berkeley, Centro de Estudios Literarios “Antonio Cornejo Polar” (CELACP)/ Latinoamericana Editores, 2003, 241 pp.
——— (1994) “Apéndice. Condición emigrante e intertextualidad multicultural: el caso de Arguedas”, en *Los universos narrativos de José María Arguedas*, Lima, Horizonte, 1994, pp. 267-279.
Llanque Chana, Domingo (2003), “Pacha vivencia andina: diálogo y celebración cósmica”, *Revista Electrónicas Volveré*, año II, núm. 7, mayo, http://www.unap.cl/iecta/volvere/rev_07.html
Lotean, Yuri (1970), *Estructura del texto artístico*, Madrid, Ediciones Istmo, 364 pp.
Ricoeur, Paul (1983-1985), *Tiempo y narración*, México, Siglo xxi Editores, 3 tomos, 1995-1996, 1074 pp.
Rowe, William (1979), *Mito e ideología en la obra de José María Arguedas*, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 220 pp.
Tekumumán (Javier S. Maskin) (2004), *Mundo Amerindios. América indígena en la tradición unanime*, Montreal, Centre de Recherches et d’Etudes des Traditions Amérindiennes (CRETA), 215 pp.
Voloshinov, Valentín (1926), “La palabra en la vida y la palabra en la poesía. Hacia una poética sociológica”, en *Hacia una filosofía del acto ético y otros escritos*, Barcelona, Editorial de la Universidad de Puerto Rico/Anthropos, 1997, pp. 7-81.

Recibido: 16 de marzo de 2007
Aceptado: 20 de agosto de 2008

Areli Cruz Muciño es Licenciada en Letras Latinoamericanas por la Universidad Autónoma del Estado de México. Entre sus actividades destaca su participación, como ponente y moderadora, en el Primer Encuentro de Estudiantes de Literatura

de la UAEM: "Homenaje a José María Arguedas" y su participación, como ayudante-becaria del proyecto de investigación "La Pacha vivencia andina considerada desde la posición y perspectiva autocentrada del narrador en los cuentos de José María Arguedas", realizado por el Dr. Francisco Xavier Solé Zapatero, de la misma UAEM.